

ocupada la ciudad de Tehuantepec, algunos días después, fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de aquel Departamento, puesto que no habían admitido Jefes de más alta graduación, porque creían imposible desempeñarlo, por los motivos que veremos después.

Aquí comienza un nuevo periodo en la vida pública del Señor Díaz que requiere algún examen, porque si es verdad que durante su administración en Tehuantepec reveló sus privilegiadas aptitudes gubernativas, también tuvo que atender al ramo de Guerra para organizar fuerzas y defenderse de los reaccionarios, que no dejaron de combatirlo un sólo día.

CAPITULO III.

Golpe de Estado de Comonfort—Juarez asume el mando.—La coalición de los Estados.—Triunfo de los reaccionarios.—Retirada de Juarez de Guadalajara después del pronunciamiento de Landa.—Guerra de los tres años.—Oaxaca ocupada por los constitucionales.—Campana de Tehuantepec.



NÚTIL nos parece extendernos sobre los sucesos políticos tan graves que entonces se consumaban en el país, porque no hacemos la historia de aquella revolución.

Sólo tenemos que recordar que en el trascurso de un año habían tenido lugar hechos importantísimos que cambiaron radicalmente el aspecto de la cosa pública. Mencionaremos aquellos cuyo conocimiento es necesario para comprender lo que pasaba en el Estado de Oaxaca.

Promulgada la Constitución en 5 de Febrero de 1857 y electo Presidente Constitucional el General Ignacio Comonfort, apenas acababa éste de jurar el Código Constitutivo de la República cuando lo violó, dando un golpe de Estado que trastornó el orden legal.

El Señor Juárez, electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia, había sido reducido á prisión durante el motín de Tacubaya. Pero puesto en libertad, marchó al interior donde los Estados coligados estaban prontos á sostener la Constitución.

Los constitucionalistas habían sido derrotados en Salamanca después de un combate reñidísimo y sangriento. Los batallones de los Estados después de sufrir fuertes pérdidas se habían dispersado, y sólo varios Jefes y Oficiales, reuniendo algunos soldados se retiraron en buen orden, marchando al Poniente para unirse al Gobierno Constitucional.

Este grupo merece una especial mención, por la parte que tomó en la salvación del personal del Ejecutivo, durante la violenta retirada que tenía éste que hacer ante las tropas que defeccionaban pronunciándose por la reacción.

Conocido es el terrible incidente acaecido en Guadalajara, en que el Señor Juárez, sus Ministros y los altos empleados que lo acompañaban iban á ser fusilados por la misma Guardia del Palacio, que se había pronunciado por el plan de Tacubaya.

Guillermo Prieto con su arrebatadora elocuencia salvó al Presidente, colocándose entre éste y el pelotón que había penetrado al salón é iba á hacer fuego sobre el ilustre patricio. Las Guardias Nacionales, los estudiantes y el pueblo lanzáronse sobre los cuerpos pronunciados, sacaron á los presos de su prisión y el Primer Magistrado pudo entonces salir de Guadalajara dirigiéndose á la costa.

Pero el Gobierno iba casi sólo, sin más escolta que algunos de los valientes de Salamanca, que seguían con lealtad la bandera de la Constitución.

Esa escolta la mandaba el General Iniestra y sólo se componía de 100 infantes y 25 caballos; pero entre sus Oficiales iban Leandro Valle, el joven héroe sin tacha y sin miedo, é Ignacio Escudero, que con tanta decisión seguía la causa liberal desde los primeros años de su juventud.

Con tan insignificante escolta en un país enteramente incendiado, llegó el Gobierno á Santa Ana Acatlán el día 20 de Marzo de 1858.

Y apenas entraba á su alojamiento el Señor Juárez cuando se recibió la noticia de que Landa el autor del motín de Guadalajara, el que

defeccionando combatía á la República con las tropas que éste le había confiado, se aproximaba á la población en persecución del Presidente.

Leandro Valle y Escudero en el acto ocuparon las alturas y rechazaron los primeros ataques de los reaccionarios, y aquel puñado de republicanos, con su serenidad y decisión, batieron á los asaltantes hasta arrojarlos de las calles que habían ocupado.

Aunque nos alejemos un poco de nuestro objeto, debemos consignar un hecho que honra altamente la memoria de Juárez: el General Iniestra creía que la pequeña escolta sería vencida, y se ocupó durante el combate de hacer una horadación en la espalda de la casa que habitaba Juárez: y propuso á éste que se escapara por allí á caballo mientras Escudero y Valle contenían al enemigo: Juárez entonces con esa magestuosa impassibilidad de su carácter le contestó que jamás abandonaría á los que se batían por defender la legalidad.

Por fin se retiró Landa con sus 800 hombres y el Gobierno pudo continuar su marcha á la Hacienda de Estipac, de allí por la Sierra de Japalpa á Sayula, Zapotlán y Colima, para embarcarse en el Manzanillo.

Al despedirse Juárez de los jóvenes Oficiales que tan valientemente lo habían salvado, después de haberles dado el ascenso inmediato, los estrechó cariñosamente entre sus brazos.

En aquella lucha gigante que entonces sostuvo el Señor Juárez contra la reacción que hacía sus últimos pero poderosísimos esfuerzos, por detener el torrente de la reforma que avanzaba hundiendo el pasado en olas de sangre; en medio del trabajo gigantesco del encargado del Poder Ejecutivo para organizar elementos y sostener con las armas la legalidad, no olvidaba aquel enérgico republicano á Oaxaca, donde sabía que un gran partido sostendría siempre los principios republicanos. Y en efecto, sólo en aquel Estado se perpetuó el orden Constitucional, sin que lograra la dictadura apoderada de la capital, á pesar de las nuevas tropas que envió á Oaxaca, ocupar definitivamente esta ciudad.

Vamos, pues, á continuar la historia de aquella guerra de tres años, en cuyos combates tomó tanta parte como gloria el joven Porfirio

Díaz, conquistando paso á paso cada grado en su carrera con su audacia y su valor.

Confinado al Departamento de Tehuantepec, sin más elementos que unos cuantos hombres, sin dinero y sin municiones, sólo por su lealtad y su génio administrativo, pudo aceptar un encargo que había arredrado á Jefes de más prestigio y graduación.

Todos los pueblos de aquel territorio eran profundamente hostiles á los republicanos, y sus poblaciones tomaban las armas en pró de la reacción y daban á los soldados del clero dinero, provisiones y todo género de auxilios.

Quinientas leguas cuadradas de bosques vírgenes, desiertos mortíferos y fragosas serranías tenía el Departamento confiado al joven soldado: sus pueblos muy distantes unos de otros estaban enteramente aislados del centro, y sus sesenta mil habitantes, extraños á la evolución del progreso, vegetaban dominados por sus curas y por los grandes propietarios.

En aquellas poblaciones atrofiadas por el atraso colonial y sumidas en el marasmo era imposible improvisar tropas, tanto más cuanto que entre las dos de más importancia, Tehuantepec y Juchitán reinaba un perpétuo antagonismo.

Porfirio con solo ciento cincuenta hombres tenía que sostenerse, hacer respetar su autoridad y acopiar elementos de guerra para resistir á quinientos tehuantepecanos, que con el nombre de *patricios* habían tomado las armas á favor de la reacción.

El Gobernador republicano sufriendo con su herida que se había enconado por no habersele extraído el proyectil, y sintiendo la hostilidad que lo rodeaba, se vió obligado á encerrarse en el convento de Santo Domingo, para no ser sorprendido, y á sostener diariamente un ataque, y que velar incesantemente porque eran más audaces las tentativas durante la noche, hasta llegar los *patricios* á matar á los centinelas con la bayoneta.

La población de Tehuantepec era cómplice en todos estos hechos, y no sólo ayudaba á las fuerzas reaccionarias que penetraban á la ciudad, sino que alojaban á los heridos, á los cansados y les ministraban todo género de recursos.

Llegó á fatigarse Porfirio de aquella situación, y resolvió cortarla á fuerza de audacia tomando la iniciativa, á pesar de la inferioridad en número de sus tropas y de lo reducido de sus elementos de guerra.

El 13 de Abril de 1858 tuvo noticia de que se hallaban algunos Jefes reaccionarios con una numerosa fuerza en un rancho inmediato, llamado «Las Jícaras.»

Resolvió el joven Capitán atacarlos y con una pequeña columna salió á las altas horas de sus posiciones, y marchando á paso veloz para llegar antes que recibiese algún aviso el enemigo logró sorprender á éste, se lanzó sobre él, y después de un combate reñidísimo y sangriento, los republicanos alcanzaron una espléndida victoria sobre aquella fuerza reaccionaria, tres veces más numerosa, de la que se dispersaron muchos quedando al campo cubierto de heridos y muertos; entre éstos estaba el Coronel Conchado, el más importante de los Jefes reaccionarios.

Con aquel triunfo ya pudo dominar la situación el valiente Capitán, no sólo porque ya no se atrevían los *patricios* á atacarlo y podía obrar en un círculo mayor, sino porque tomó una enérgica iniciativa, aumentó su fuerza con gente de San Blas y Juchitán, la enseñó á vencer á un enemigo superior en número y en recursos, y se hizo al fin respetar, estimar y querer en todo Tehuantepec, que se denominaba ya Distrito, desde que se organizó definitivamente el Estado de Oaxaca bajo el régimen constitucional.

Luego que el Gobierno de esta entidad federativa tuvo noticia del triunfo obtenido en «Las Jícaras» por Porfirio, ascendió á éste á Comandante de Batallón en premio de sus eminentes servicios. En efecto, en aquella lucha oscura, en un rincón ignoto de la República, un joven sin nombre aún, desconocido entre las eminencias que descollaban en los bandos contendientes, rodeado de enemigos audaces y poderosos, había improvisado en un pueblo hostil y reaccionario un partido liberal vigoroso, y creando elementos á fuerza de paciencia y energía, se encontró al frente de tropas valientes y disciplinadas que aprendieron á batir á los contrarios, tres veces mayores en número, tomando de ellos las armas y municiones que les faltaban.

El Decreto expedido en 30 de Marzo de 1858 por el Gobierno

Constitucional del Estado, estableciendo los distritos políticos en lugar de los Departamentos planteados por la reacción, Porfirio Díaz quedó con el carácter de Jefe Político de Tehuantepec, lo que en algo disminuía las facultades de que como Gobernador y Comandante militar estuvo investido.

En momentos tan difíciles, y cuando la reacción hacía poderosos esfuerzos para prolongar la lucha, Porfirio fué atacado de una fiebre violentísima que puso en peligro su vida.

Los reaccionarios creyeron que era el momento oportuno de acabar con aquel poderoso adalid de la libertad que, postrado en el lecho, no podría llevar á la victoria á sus tropas desmoralizadas por la falta de su Jefe. Entonces los patricios sorprendieron la plaza y se lanzaron sobre el cuartel de los republicanos intentando asaltarlo.

El combate fue vigorosísimo, y Porfirio, á pesar de la fiebre, comprendió que estaba perdido sino tomaba una resolución suprema. Violentamente saltó del lecho, empuñó su espada y se presentó ante sus soldados que comenzaban á vacilar, y dió órdenes para cubrir los puntos más amenazados, combatiendo personalmente. Pero su debilidad era extrema y la calentura intensísima; cayó al fin al suelo desplomado por el vértigo y sin sentido. Sus soldados lo llevaron en hombros á su lecho; pero el enemigo había sido rechazado.

Aquel triunfo dió algun respiro al joven soldado, quien pudo entonces cuidar de su salud con alguna calma, tanto más cuanto que en aquella época llegaron á Tehuantepec los médicos americanos de la Compañía encargada del camino carretero del Istmo. Aquellos hábiles cirujanos extrajeron al Señor Díaz el proyectil que por tanto tiempo había permanecido en su herida, y que no dejaba que ésta se cicatrizara.

Al recobrar su vigor pudo emprender una enérgica campaña contra los reaccionarios que volvían á presentarse más poderosos, alentados por los triunfos que alcanzaban en varios puntos de la República.

Tornaron los patricios á acercarse en gran número á Tehuantepec, y Porfirio, que casi nunca pudo permanecer inerte á la defensiva, se preparó á salir á combatirlos. En efecto, marchó violentamente sobre los reaccionarios y dándoles alcance á una legua de la ciudad, en

un lugar llamado «La Mantequilla,» después de un combate reñidísimo los derrotó tan completamente que los *patricios* se retiraron hasta Pochutla, ocupada por Manzano el reaccionario, quedando en paz todo el distrito de Tehuantepec. En esta función de armas, murió el Teniente Coronel Espinosa.

Esta campaña mereció á Porfirio el ascenso á Teniente Coronel de Guardia Nacional.

El Señor Juarez había conseguido al fin establecer en Veracruz el centro del gran movimiento social que se consumaba en la República, y que se llamó la guerra de Reforma. Al Gobierno interino constitucional ocurrían los Jefes de las fuerzas republicanas reconociendo la autoridad de aquél, obedeciendo sus órdenes y pidiéndole recursos en armas y en dinero.

De los Estados Unidos se enviaron á Tehuantepec siete mil fusiles, parque, pólvora, plomo, correaje y vestuario, confiando todo al Señor Díaz, para que éste lo remitiera á Acapulco, á fin de que sirviera para las fuerzas que los republicanos organizaban en Guerrero, Michoacán, Jalisco y México, para que lo hiciera llegar á su destino.

Pero en aquellos momentos los constitucionalistas sufrían en el Estado de Oaxaca un desastre que tuvo fatales consecuencias para la revolución. En la capital de dicha entidad federativa había organizado el General Iniestra una brigada de más de tres mil hombres, que salió con aquél Jefe al encuentro de los reaccionarios que marchaban sobre la ciudad.

Relevado del mando el General Iniestra por el General Ignacio Mejía, sufrió éste una completa derrota en Teotitlán del Camino, dispersándose toda la fuerza y quedando en poder del enemigo el parque, el armamento y la artillería.

El Gobierno constitucional del Estado tuvo que abandonar la capital de Oaxaca, retirándose á Ixtlán con doscientos hombres, resto de las fuerzas que había creado Porfirio Díaz. Cobos ocupó entonces á Oaxaca, y sucesivamente todo el Estado, menos Ixtlán, Juchitán, Tehuantepec, Villa Alta y Chapam.

Y sabedor el célebre guerrillero reaccionario del convoy de guerra que existía depositado en Tehuantepec, organizó violentamente

una expedición de más de ochocientos hombres de las tres armas. En ella iba un batallón de *patricios* y los mejores guerrilleros del rumbo, como Ojeda, Manzano y Trujeque.

Cobos tenía una confianza absoluta en el éxito de aquella empresa, porque sabía que el Teniente Coronel Díaz solo contaba con una pequeña fuerza, hostilizada por toda la población del Distrito que pertenecía resueltamente al bando reaccionario.

Porfirio Díaz entre tanto ignoraba lo ocurrido en la capital del Estado, por la distancia é incomunicación en que se encontraba con aquella ciudad. Pero el Ministro de la Guerra le comunicó desde Veracruz la derrota de Teotitlán y la pérdida de Oaxaca, previniéndole que destruyese el armamento y los pertrechos de guerra que le había enviado, quemándolos ó arrojándolos al mar, y que se retirase con su fuerza para Veracruz, á cuyo efecto ponía á su disposición el vapor Xúchil, en el lugar de ese nombre en el río Coatzacoalcos.

Pero Díaz no se desanimaba ante la derrota, y lleno de fé en su causa, contestó al Ministro Ocampo que no se resolvía á privar á las tropas de la República de tan importantes como valiosos elementos, y que por tanto estaba resuelto á conservarlos afrontando ya la responsabilidad en caso de una desgracia, y el juicio favorable de su Gobierno si lograba salvarlos.

Y esta decisión la tomó el Señor Díaz cuando sabía que iba Ojeda á batirlo y se encontraba rodeado de todo el vecindario de Tehuantepec, que ayudaría á los reaccionarios, porque entre ellos venían sus parientes y sus amigos.

Aprovechando las simpatías que se conquistó en Juchitán y el odio que siempre había reinado entre ambos pueblos, apeló á los juchitecos para que le ayudaran á salvar tan importante depósito. Entregó todo á aquellos buenos patriotas, sacó el armamento, el parque, el vestuario y el equipo con 200 carretas, y evacuó la ciudad en un orden perfecto, acampando á siete leguas de Tehuantepec, enviando el convoy más lejos.

Los reaccionarios ocuparon la ciudad, y tanto éstos como Díaz, procuraban aumentar sus fuerzas antes de emprender una campaña.

Porfirio fué quien primero tomó la iniciativa después de haber

dado personalmente instrucción á sus reclutas, y cuando los creyó suficientes para el combate, emprendió en las primeras horas de la noche del 24 de Noviembre de 1859 su marcha sobre Tehuantepec por veredas que solo de él eran conocidas, y que descubrió en sus anteriores campañas contra los *patricios*: al llegar á la ciudad sorprendió una avanzada del enemigo tan completamente que ésta no pudo dar la voz de alarma ni disparar un solo tiro.

Se informó con los prisioneros de las posiciones que ocupaba en la ciudad el enemigo, y á la primera luz del alba, al toque de diana, lanzó sobre los puntos donde había fuerza reaccionaria pequeñas columnas, mientras él asaltó el cuartel, hasta posesionarse del edificio.

Ya establecido sólidamente en éste con alguna fuerza, acudió á socorrer la del Cerro de la Cueva, que en columna de ataque fué rechazada, ocupando al fin la Prefectura, y haciendo prisionera la fuerza de infantería.

La caballería reaccionaria, en tanto, se precipitaba por las calles cargando sobre los republicanos. Porfirio, que solo tenía infantería, tuvo que rechazar las cargas formando apresuradamente cuadros, y esto con soldados bisonos y que por primera vez entraban al fuego. Al fin la caballería abandonó la población y el Jefe republicano no pudo perseguirla más que en un espacio de dos leguas.

A las diez de la mañana Porfirio Díaz entró victorioso á Tehuantepec, vivamente aclamado por sus soldados: ya entonces pudo dar parte al Gobierno Constitucional de la victoria que el día 25 de Noviembre de 1859 había alcanzado, derrotando con 300 hombres la brigada de los reaccionarios, ocupando la ciudad de Tehuantepec, y salvando el valioso depósito de guerra que se le había confiado.

El Gobierno del Estado, con la misma fecha del triunfo de Díaz, expidió á éste el despacho de Coronel de Guardia Nacional.

Porfirio, que entonces apenas contaba veintisiete años de edad, había sostenido durante dos años con un puñado de hombres una lucha desigual, en medio de un pueblo enteramente hostil, sin recibir ni un peso, ni un remplazo del Gobierno General ni del Estado.

Y en poblaciones pobres, de opiniones reaccionarias, y que le negaban todo género de recursos, construyó municiones, vestuario, pa-